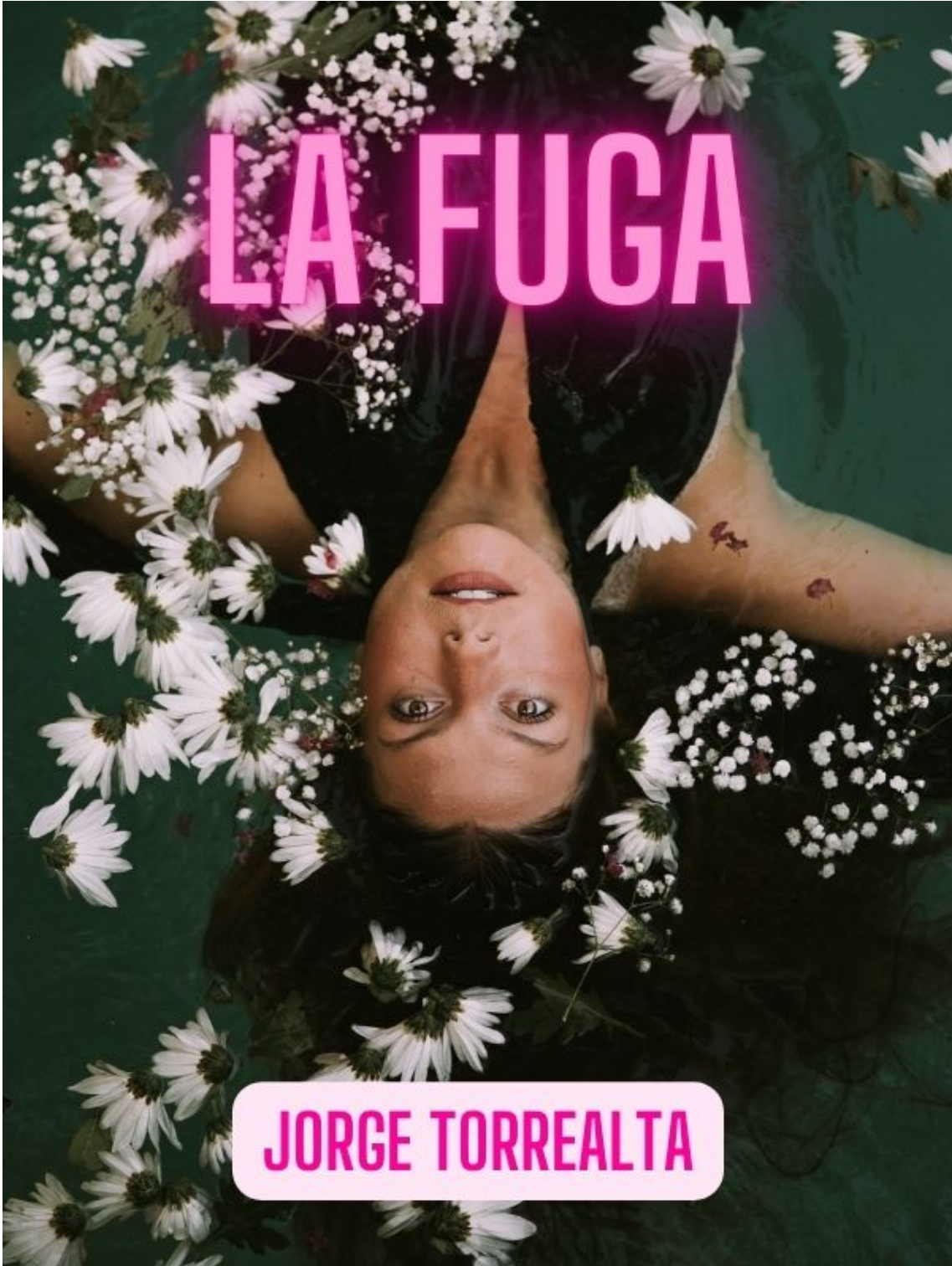


LA FUGA

Jorge Torrealta



Capítulo 1

La prensa internacional sorprendió al mundo con la noticia: "Hija de magnate petrolero de Dubái está desaparecida". La bomba estalló y acaparó todos los titulares tanto de importantes medios como pasquines mediáticos, y fue replicada a lo largo del día con mayor o menor información. No era para menos, pues el padre de la desaparecida era Hasan Habib Massú, el más grande inversor petrolero del mundo, con conexiones con todos los jeques y ministros de Emiratos Árabes Unidos, Arabia Sudí y el resto del Medio Oriente, así como ministros de Reino Unido y presidentes europeos y de Estados Unidos.

Su petróleo recorría el mundo, desde Finlandia hasta Tierra del Fuego y de Australia a Groenlandia. El vínculo con el primer ministro de Dubái era tan cercano que las hijas de ambas eran la imagen de aquel Estado y participaban en diversas publicidades gubernamentales que mostraban la liberación femenina en Medio Oriente: viajes, deportes extremos, visitas a teatros, fiestas en clubes nocturnos y compra de ropa de moda en tiendas de prestigio.

Los titulares hicieron enfurecer al magnate, la prensa pronto se apersonaría a las afueras de su mansión a fin de obtener siquiera una palabra al respecto. Eran las 10:00 horas de un viernes, demasiado temprano para recibir malas noticias con el estómago vacío, así que a pesar de los hechos Habib Massú se dirigió hacia el comedor, un espacio ingente donde la luz de aquel día lo recibió más brillante que la jornada anterior; la blanca estancia iluminaba todo y hacía que el oro de los cubiertos parpadeara de puro gusto.

Sobre la extensa mesa estaban dispuestos los alimentos: nueces diversas, jugos varios, frutas exóticas bañadas con yogur de queso como duraznos y dátiles, así como pastelillos de pétalos de rosas; el café humeante y aromático acentuaba y deleitaba el ambiente perfumado con incienso de vainilla, romero y olíbano. Hasta allí llegó el magnate, con paso lento y seguro, mesurado, donde sus seis esposas ya lo aguardaban.



–As-salam-u-alaikum wa-rahmatullahi wa-barakatuh (la paz, la misericordia y las bendiciones de Allah sean con ustedes) –dijo a sus esposas el también jeque.

Ellas respondieron con el mismo saludo y le dieron la bienvenida a la mesa. Él se sentó lento, con calma, observó la comida y luego agradeció a dios.

–Bismilláh –dijo Habib Massú.

Entonces comenzaron a comer, como siempre, disfrutando cada bocado, cada aroma, cada sensación. Todo era normal, como cada día, excepto que en esta ocasión el magnate solicitó a uno de sus servidores leer sólo las noticias de finanzas, economía y política internacional. Aficionado a las carreras de caballos y Fórmula 1, no quiso saber nada al respecto, lo cual daba cuenta de lo molesto que se encontraba por el asunto de la fuga de su hija. Nadie osaba mencionar otras palabras que no fuera del desayuno o el buen día que era hacia fuera por la excelente mañana de invierno. El sirviente comentó las notas, y obedeciendo órdenes, se vio obligado a referir que los negocios presentaban ligeras pérdidas a pocas horas de abrir las bolsas de valores del mundo; apenas había ganado varias veintenas de millones de dólares. Así que mientras disfrutaba de los dátiles bañados con yogur una sonrisa auténtica progresaba en su rostro y los ojos brillaban a la par del oro de los utensilios allí dispuestos.

Tras terminar de comer dio gracias y se apartó de la mesa para dirigirse hacia su despacho, donde pasaba largas horas resolviendo sus asuntos. Se retiró de la misma forma como había llegado: seguro, medido y tranquilo. Así es Habib Massú, paciente, cerebral, inteligente, analítico y cruel. Por ello aquel día todo sus servidores se esmeraban en sus labores, pues no querían molestarlo y darle motivos para ser castigados. Sin embargo, no todo dependía de ellos, pues las noticias sobre la desaparición de Janna Ikram incrementaban y a pesar del temor entre la servidumbre por lo que sabían que eventualmente sucedería, se mostraban sonrientes y exquisitos, como si fuera un día perfecto.

Poco después los teléfonos comenzaron a sonar sin cesar y todos temblaron. Incluso los agentes de seguridad que recorrían de arriba abajo la mansión cruzaron miradas entre ellos y se descubrieron aterrados. Podría ser cualquiera, incluso el alto comisionado de la ONU que hablaba para tener noticias de la hija del magnate petrolero. Si acaso era él, y cualquier dato que aportara o reclamo, la ira de Massú se desataría. Los agentes informaron que algunas personas con celulares, cámaras y micrófonos comenzaban a deambular en las afueras del domicilio; seguramente se trataba de periodistas en busca de fotos del magnate o imágenes de lo que sucedía al interior del domicilio. Pero hasta el momento no obtenían nada sino un total hermetismo.

Habib Massú se tumbó en su sofá de cuero, apagó su teléfono y comenzó a pensar. Esa era su forma de arreglar sus problemas: aislarse y pensar; ordenar sus emociones, sus ideas, sus pensamientos, y elaborar un plan al respecto. Su despacho estaba habitado por el silencio, la mejor compañía en ese momento, que junto con la soledad, brindan consejos. A

pesar de que aquella habitación se hallaba en una parte distante de la mansión, el ruido exterior comenzó a llegar hasta él. Los reporteros acudían a las puertas del domicilio e inquirían a los guardias, quienes callaban o invitaban a retirarse. Aquel cansino murmullo llegó a oídos del jeque y comenzó a desesperarlo. El nombre de su hija se hallaba en todas las bocas que lo pronunciaban carentes de emoción, sino como un objeto, como se pregunta por una divisa y la pérdida del petróleo en la bolsa de valores. Como si fuera un número, una cifra que repetida sin cesar hacía decrecer sus inversiones por el negro pasado de la familia Massú. Cada segundo que Janna estaba desaparecida eran cientos de millones menos y el fomento de una reputación de por sí golpeada para su imagen y aquellos con quienes se asociaba. Sabía que de no aparecer se vería obligado a montar otra farsa y emitir un mensaje para calmar a la prensa y a la opinión pública, siempre manipulada por la primera.



Capítulo 2

NOTICIAS

“Janna Ikram Massú, la millonaria hija desaparecida del rey del petróleo”, “¿Quién es Janna Massú, la hija desaparecida de un magnate petrolero y las consecuencias para la región?”, “Janna Massú, la muy cercana amiga de la princesa de Dubái”, “Por qué desapareció Janna Ikram Massú y dónde podría estar”, “Janna Ikram Massú, la historia de una fugitiva rebelde”, estos era unos cuantos titulares de medios informativos que cada segundo se publicaban y reproducían en todo el mundo, cual cucarachas.

Ante la falta de información respecto de la desaparición de Janna, los diversos medios comenzaron a reciclar datos del primer intento de escape, cuando la chica contaba apenas con 15 años. Mientras fluía la información había que mantener la expectación de los lectores, así que un resumen de la vida de la mujer desaparecida era viable, sobre todo al público occidental, que no estaba tan familiarizado con esta historia de Medio Oriente.

Janna escapó de su casa por primera vez cuando tenía 15 años, es decir, hace una década. En aquella ocasión la prensa abordó la fuga como un berrinche propio de adolescentes. ¿Pero cuáles eran las razones por las que la chica había escapado de su casa? La hija rebelde del también llamado Rey del petróleo vivía, junto con siete de sus hermanos, en un palacio enorme con tres piscinas, lujos por doquier y más de 100 sirvientes que cumplían todos sus caprichos, así como 200 policías dentro y fuera de la casa. Allí pasaba su vida, siempre atendida y lista para aparecer en los videos promocionales de Dubái, que en ese entonces estaban dirigidos a chicos de su edad como un destino excelente para visitar.

Su vida parecía un cuento de hadas, justo como se espera que viva una chica adolescente que posee todo el dinero del mundo. Su tiempo transcurría entre idas y venidas a tiendas de ropa, presentaciones en fiestas acompañada de hijos de políticos y de grandes empresarios, así como en paseos en avión o limusina por toda la ciudad. El grupo al que pertenecía era la imagen perfecta de la juventud, todos los chicos querían parecerse a ella, vivir entre glamour, riqueza y admiración, sobre todo porque era imposible acercarse a su grupo, ya que siempre estaba bien vigilado por agentes del Estado.

No era para menos, ya que ella y sus amigos se mostraban como chicos intrépidos y temerarios, ora montados sobre motocicletas, haciendo acrobacias en patineta y probando toda la nueva tecnología que llegaba al país: drones, trajes voladores, vehículos Tesla en los que viajaban con el piloto automático, competencias de Go Karts, en fin, su vida era una locura, todo lo deseado por cualquier joven de esa edad.

Por ello sorprendió su primera desaparición. Un día antes fue vista

acompañada de la hija del primer ministro de Dubái paseando en un exclusivo centro comercial con cientos de bolsas de compras que sus agentes cargaban con mucha complicación. Las imágenes fueron difundidas por la prensa y resultaron risibles para muchos, pues les parecía divertido ver a hombres rudos vestidos de riguroso traje cargando bolsas multicolores mientras las dos jóvenes reían sin parar por todo el inmueble.

Al día siguiente, Janna desapareció. Y la noticia fue difundida de inmediato por todos los Emiratos Árabes, y trascendió a los medios occidentales con menos relevancia en notas secundarias a dos columnas. Los servicios de seguridad del Estado comenzaron la búsqueda de la joven por cielo, mar y tierra. Luego de tres días sin noticias de ella, la hallaron ilesa en una estación de tren, cerca de la frontera norte con Qatar. De inmediato fueron difundidas las imágenes del rescate que mostraban a una Janna afectada, triste y cansada. A pesar de la insistencia por parte de los medios de comunicación sobre cómo sucedieron los hechos, el magnate nunca emitió comentarios al respecto, incluso pidió que no lo cuestionaran más sobre el asunto y exigió que respetaran la privacidad de su familia. Tras los hechos Janna desapareció de la escena pública durante tres años y solo se le veía de manera esporádica en los comerciales turísticos de Dubái, siempre con una sonrisa forzada y los ojos agotados; a pesar de ello, su belleza había incrementado, por lo cual todo Medio Oriente hablaba de ella y varios hombres la pretendían. Incluso los más ricos viajaban hasta el emirato para dialogar con su padre y solicitar la mano de la chica. Sin embargo, todos fracasaban.